





LA NIÑA DE LA MANOLI

JUANDE IBÁÑEZ Y ROCÍO NEBLA

Platero
COOLBOOKS 

Título: La niña de la Manoli

Primera edición: febrero, 2024

Segunda edición: abril, 2024

Tercera edición: marzo, 2025

© 2024, del texto Juande Ibáñez y Rocío Niebla.

© 2024, de la ilustración de portada @icsomrodriguez.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1147-2024

ISBN: 978-84-10062-37-5

*A ti, mamá. Deseando que en todas las vidas
y universos nos encontremos.*

A mis hijos, Lucas y Jimena, mis mayores tesoros.



PRÓLOGO

Cuando mi sobrina me dice que su amiga Rocío quiere que escriba el prólogo de su libro me invade la emoción y la admiración por Rocío, seguida de sorpresa. ¿Yo el prólogo?, ¿por qué yo? Y siendo consciente de que en mi vida he hecho tal cosa y de que no tengo ni idea de cómo se hace, acepto la propuesta, en parte por intuición y en parte por ser tan atrevida de lanzarme al agua sin saber nadar, aunque sabía que pondría ilusión y pasión a la hora de hacerlo.

Yo conocía a Rocío de haber coincidido en algunas ocasiones con la reunión de mi sobrina en Sevilla, pero en verdad nunca llegué a entablar conversación personalmente con ella.

Después de leer *La niña de la Manoli*, escrita por Juande Ibáñez, tengo la sensación de conocer a la Rocío niña. Siento un inmenso cariño hacia ella y un gran deseo de conocer a la Rocío mujer que es hoy.

Cuando recibo el texto, empiezo a leer y la primera línea me impacta. Continúo leyendo y ya en la primera página me engancha la historia sin poder dejar de leer, hasta el punto de seguir la lectura durante la cena y tener que calentar en dos ocasiones los chicharos con huevo porque se me enfriaban al estar absorta en la novela.

A mí leer no me resulta fácil, debido a que me cuesta concentrarme. Mi déficit de atención me hace volver atrás varias veces para releer y enterarme bien de lo que he leído.

En cambio, en este caso, donde Juande Ibáñez nos relata la historia de *La niña de la Manoli*, no he tenido la necesidad de releer nada. Aunque sí confieso que, una vez terminada la novela, he tenido que repasar algunos capítulos porque quería tener claro los parentescos de los personajes, la edad que tenía Rocío en cada momento y también porque deseaba volver a sentir ese abanico de emociones que me han aflorado a lo largo de la novela. He llorado, sí, he llorado varias veces. He sonreído también, he sentido miedo y frustración, comprensión, impotencia, ternura... Sentimientos y emociones que te van envolviendo a lo largo de los veinte capítulos.

Rocío nos cuenta que no ha tenido una infancia fácil, para nada, pero yo pienso que su poderosa inteligencia emocional le ha permitido ser una superviviente en este complejo entramado de relaciones familiares, en un barrio de La Macarena en la Sevilla de los años 80-90 con la heroína haciendo estragos y haciéndose con la voluntad de tantas personas, como el caso de Manoli, su madre. Una víctima más del momento, como tantos y tantas amigas y conocidas de nuestro entorno, atrapadas por las garras de la droga, que atacaba sin piedad y sin importarle el nivel social, económico y cultural de la persona.

En este caso veo a una niña muy intuitiva, con una gran capacidad para comprender las intenciones, motivaciones y deseos de los demás, así como de apreciar sus propios sentimientos, deseos y temores, que le permitió librar una batalla constante de supervivencia, una carrera de obstáculos día a día, obstáculos de necesidades tan primarias como la alimentación, la higiene, la protección, y teniendo que esquivar los múltiples peligros que acechan a una niña que pasa mucho tiempo sola en la casa y en la calle.

Pero yo creo que el poderoso motor de su vida cuando era pequeña, el que le ayudaba a vencer los cientos de situaciones límites que tenía que superar cada día para sobrevivir,

ese motor era el incondicional amor a su madre y el deseo de no separarse nunca de ella, a pesar de que esta no le pudo dar la mejor vida (las drogas tuvieron gran parte de culpa). Rocío quería tanto a su madre que el tiempo que estuviese con ella, mucho o poco, le daba la seguridad, no física, pero sí emocional, para sobrevivir.

Cuando le pregunto por los recuerdos sensoriales de su infancia, me llama la atención que, aparte de la sensación de suavidad de los pelos de su querida e inseparable perra Susi, todos los demás recuerdos estén íntimamente relacionados con su madre. Esto nos hace pensar en la intensidad con la que Rocío vivía el tiempo que compartía con ella.

Hay un detalle que dice mucho de la relación madre-hija, y es que, cada vez que su madre le quiere decir algo importante, lo hace agachándose y hablándole a la altura de sus ojos y eso, independientemente del contenido del mensaje, debía hacer sentirse a Rocío atendida, querida y escuchada, aunque fuera en esos mínimos momentos. Manoli sacaba las garras de leona para defender a su cachorra siempre, siempre que estaba, claro. Pero es que Rocío protegía a su madre siempre, siempre.

¿Por qué cuenta Rocío su infancia? Porque nunca había contado nada. Porque ella contaba otra historia más cómoda y fácil de contar. Porque le costaba contar la verdad, quizás por miedo a ser rechazada o a no ser comprendida.

Hasta que un día va con su marido a casa de Juande Ibáñez, porque éste había escrito su novela *Jamelgo*, y, hablando con él, entre bromas, le dijo: «pues el próximo libro que escribas tiene que ser el mío». Rocío le contó solo una anécdota de su infancia, pero fue suficiente para despertar el interés del escritor, quien se interesó por su historia, y esa fue la llave que abrió la caja de los recuerdos de la niña de la Manoli, la cual iba evocando momentos mientras Juande Ibáñez los iba recopilando y organizando cronológicamente, desde los 4 años hasta los 12, para presentárnoslo ahora

en forma de novela, llevándonos a una reflexión constante sobre temas de ahora y de siempre, como son las relaciones familiares y las relaciones, en general, entre diferentes grupos sociales: el vecindario, el internado, el colegio... temas como el abandono, el amor, las relaciones tóxicas o la soledad se dan cabida en las páginas que estás a punto de leer.

Rocío cuenta su niñez para la gente que la quiere. Que la quiere y acepta sin importarle su pasado, que por fortuna es mucha, y a la que ahora Rocío desea abrirse con su historia en forma de novela contada desde la absoluta verdad.

Ojalá esta historia llegue a todas esas «Rocíos» que aún viven con las sombras de un difícil pasado y puedan descubrir en esta novela un ejemplo de supervivencia y valentía. Ojalá puedan ver en este testimonio que la vida son etapas y que finalmente es posible alcanzar el equilibrio y la armonía.

Aunque la mochila de Rocío estaba cargada de dolor, de rabia, de impotencia, de miedo, también y en las mismas proporciones lo estaba de amor, de empatía, y de una inteligencia emocional que ya dominaba esta niña cuando todavía no se había empezado a hablar de estas cosas.

Puede que Rocío, al relatar su infancia, haya puesto orden a una maraña de recuerdos, y el ordenarlos le haya permitido aceptarlos con la mirada de la mujer y la madre que es en la actualidad. La Rocío de ahora puede haber ayudado a la Rocío niña a contar su historia sin temor, sin complejo, sin culpa, sin rencor, porque la Rocío mujer le dice a la Rocío niña: «Tú no tenías la culpa».

Koki Sánchez,
Maestra de escuela, Actriz y Chirigotera

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Capítulo 1	15
Capítulo 2	23
Capítulo 3	33
Capítulo 4	41
Capítulo 5	49
Capítulo 6	57
Capítulo 7	65
Capítulo 8	73
Capítulo 9	79
Capítulo 10	91
Capítulo 11	101
Capítulo 12	109
Capítulo 13	119
Capítulo 14	129
Capítulo 15	135
Capítulo 16	145
Capítulo 17	157
Capítulo 18	169
Capítulo 19	179
Capítulo 20	189
Epílogo	199



A todos los niños de la Manoli del mundo.



CAPÍTULO 1

Principios del año 1.985

¿Cuál es la mejor edad para ver un muerto por primera vez? Mucha gente se enfrenta a esto con quince o dieciséis años y suele derivar en una toma de conciencia de la eterna dualidad entre la vida y la muerte, o de la extrema fragilidad de la existencia. Esas cosas no se piensan con cuatro años, que fue la edad con la que me encontré aquel cadáver estrellado contra el suelo del patio de vecinos en el que vivíamos. Tenía el cráneo hundido por el golpe y tuve que dar un saltito hacia atrás para evitar que el creciente charco de sangre me manchara los pies. Aquel cuerpo horriblemente contorsionado y aquellos ojos que no miraban nada conforman el primer recuerdo del que soy consciente. Para mí, la vida comenzó con aquel muerto, el cual, de una forma u otra, nunca me abandona del todo.

Se trataba de uno de mis vecinos, uno con quien yo tenía mucha y buena relación. No era mi abuelo, pero para mí era como si lo fuera. Siempre era amable conmigo y le gustaba regalarme chucherías. Aquel hombre vivía con su hija en la primera planta del patio de vecinos que todos habitábamos. Nosotras, mi madre y yo, vivíamos en el bajo y desde mi puerta se veía la suya. Me pasaba tardes completas en su casa, merienda incluida, quitándome de un plumazo tanto la soledad como el hambre. Solía asomarme desde mi puerta a mirar si la suya estaba abierta y, si así era, subía. Aunque

aquel funesto día fue diferente. Si cierro los ojos aún puedo reproducir en mi mente los golpes y los gritos que salían del piso. Tan fuertes que los escasos cuarenta metros de los que disponía la vivienda apenas los podían contener y acababan escapando por todo el patio. De repente, dos hombres salieron con mi vecino cogido por las axilas. Eran mucho más jóvenes que él. Lo empujaban contra la barandilla que daba al patio interior mientras le gritaban

—¡Que te tiramos! ¡Que te tiramos!

Mi vecino balbuceaba excusas desesperadas en un infructuoso intento de calmar a la pareja de matones. Al final no sé si lo tiraron o se les cayó, pero, en definitiva, mi vecino se precipitó al vacío y se mató. Por la dignidad de su memoria, espero que no se lo cargaran sin querer.

El distrito Macarena de Sevilla siempre había sido una barriada humilde, pero la cosa se agravó con la irrupción de la heroína en la ciudad. Se presentó en la década de los ochenta, aprovechando la situación de frívola confusión del país. Si las epidemias se propagan por el aire, esta lo hizo a través de los nuevos vientos de libertad y del ansia de una transgresión que la juventud del momento no tuvo reparos en meterse directamente en vena.

Años cincuenta

Mis abuelos, que eran inmigrantes extremeños y trabajadores del campo, se mudaron a Sevilla en busca de una vida mejor que la implacable dureza del trabajo de sol a sol. La pareja se instaló en una pequeña casa adosada de la calle Arrayán, que ya era vieja por aquel entonces, con la idea de buscarse algo mejor en cuanto su situación fuese prosperando. Allí tuvieron a sus seis hijos: Salud, Enrique, Manoli, Antonio, Miguel y el Titi. Calma, no hace falta que te los aprendas ahora todos. Solo que mi madre era Manoli, eso sí. De aquellos seis, solo mi tía Salud y el Titi consiguieron

mantenerse al margen de las drogas. Poco más puedo decir de aquella época, ya que no había nacido. Solo que mi abuelo sufrió un accidente, mientras pintaba una fachada, que lo dejó postrado en una silla de ruedas. Eso tuvo como consecuencia que en los sesenta empezase a trabajar vendiendo cupones de la ONCE. La ansiada prosperidad nunca llegó.

Años ochenta

Desde que tengo memoria vivo en el treinta y dos de la calle Arrayán, unos números más abajo de la casa de mis abuelos. El bloque en el que vivíamos contaba con tres alturas, bajo, primero y segundo. En cada una de las plantas se amontonaban cuatro viviendas. Doce en total, en una superficie no apta para más de ocho. Eran pisos pequeños de mala calidad, de alquiler social y con una distribución casi idéntica en cada uno de ellos: una sala central a la que se accedía directamente desde la entrada, y donde desembocaban las puertas de una cocina y un baño minúsculos, además de las de dos dormitorios, también pequeños. Todos los apartamentos daban a un patio central de estilo andaluz que, en aquellos años, aún contaba con tiestos de flores. La vecindad estaba compuesta por gente humilde en su totalidad. Casi todos eran inmigrantes. Algunos de algún pueblo de la provincia y otros de más allá del estrecho de Gibraltar. Aunque no eran raros los trapicheos al margen de la ley en el edificio, la cosa ganó varios enteros con la llegada de mi madre, mis tíos y el tráfico constante de heroína y cocaína.

Solo el Titi ayudaba a mi abuela con los cuidados que mi abuelo precisaba, ya que, entre que a él nunca le dio por freírse un huevo y que necesitaba de la silla de ruedas para desplazarse, las atenciones que requería eran muchas. Tal vez por eso mi abuela siempre parecía estar enfadada con todos, incluidos sus hijos, que se apresuraron a abandonar el nido en el momento en que les salieron las plumas

de las alas. La primera en lograrlo fue una jovencita tía Salud, agarrada del brazo de mi tito Paco, un prometedor farmacéutico de la ciudad. Salud contaba con la rectitud y la formalidad de ser la hermana mayor. Le encantaba cumplir normas, cuantas más, mejor, y tenía la firme convicción de que el orden absoluto era el mayor valor al que una persona podía aspirar. Nadie más en la familia compartía esto, ni siquiera mis abuelos. Por este motivo, ella puso tanto de su parte en distanciarse de todos. Vestía de manera clásica y tan impecable que me recuerdo a mí misma jugando a intentar encontrarle alguna arruga en su perfumada blusa y perder.

Ella y su marido, Paco, fundaron una cadena de panaderías a la que nombraron con el apellido de él, Pan Calvillo, y les fue muy bien. Tanto que llegó a ser muy fácil cruzarse con alguna de sus furgonetas de reparto dando tumbos a partir de las cinco de la mañana por cualquier barrio de Sevilla. Mi tío Titi trabajaba para la panadería, al igual que en momentos puntuales casi todos los hermanos. Solo mi madre se negó siempre a ocuparse allí.

Mi madre, Enrique y Antonio se mudaron en cuanto pudieron al 32 de la calle Arrayán, e hicieron piña. Sobre todo, mamá con mi tío Antonio, alto y delgado, y con su mujer, mi tita Ángela, la amiga íntima de mamá desde la adolescencia. Antonio tenía mirada de niño brutote y el cabello negro y desordenado. Se parecía mucho a mi madre. En realidad, los tres, incluida mi tía Ángela, se parecían entre sí, como si la complicidad extrema durante años hubiese moldeado sus rostros buscando la equiparación. Es cierto que, poco a poco, mi tía Ángela fue descolgándose del trío, por tener que repartir su tiempo entre la casa y la limpieza de oficinas para criar a sus tres hijos y mis primos. A mi tita Ángela siempre la vi como una fuente inagotable de amor. Amaba a mi madre, a mí y a su familia. Pero sobre todo profesaba un amor casi incondicional hacia mi tío Antonio.

Y cuando digo incondicional, lo hago siendo consciente de que una relación amorosa sana debe apoyarse en la sinceridad, y que de esto era precisamente de lo que adolecía. Y es que ella amaba a su marido, a pesar de las innumerables mentiras diarias a las que la sometía. Incluso le mentía para justificar que le desapareciera dinero del bolso. Discutían mucho por esto, pero, aun así, mi tita no lo abandonaba debido a su forma de amar. Mi tito tampoco la habría dejado nunca a ella.

En el piso de al lado vivía otro hermano de mi madre, Enrique, que al casarse trajo a la familia a la tía Juli, pobrecita. Aunque también solía salir y entrar con sus hermanos, él prefería ir por su cuenta. En realidad, todos lo preferían. Los aires de grandeza con los que trataba a los demás, unidos a su mal carácter, no hacían de él la compañía más agradable. Decían que había salido a mi abuela. Aunque contaba con la delgadez congénita de los Niebla, su rostro no se parecía al de sus hermanos, más fino este, y de rasgos más marcados. Además, se dejaba el bigote, al que cuidaba como a una mascota, y le gustaba llevar el pelo engominado y bien peinado. Era, con diferencia, el que peor genio tenía de todos, cosa que sufría más que nadie su mujer, con la que se le iba la mano más de una vez, y más de dos.

Enrique era el manitas del edificio, título que llevaba con orgullo y para el que es justo reconocer que estaba muy bien dotado. Cada vez que a alguien se le rompía algo, era capaz de encontrar una solución rápida y barata. Se vanagloriaba de ser conocedor supremo de todos los contadores de agua y luz de la Macarena y de saber dónde enganchar y dónde no. Todos nos aprovechamos de eso.

Si mi tía Ángela fue capaz de soportar su vida cargando con un pesado amor dependiente, mi tita Juli aprendió a hacerlo con temor. Cargaba con esta injusta cruz como lo hacía con la sordera total que padecía desde que de niña sufriera unas fiebres de una dureza extrema, las cuales le

permitieron vivir, pero se llevaron sus oídos.

Lo mejor de esa casa era sin duda mi primo Enrique. Él era para mí mucho más hermano que cualquiera de los que tuve de verdad, con los que lo único que compartí fue un útero. Era tres años mayor que yo, con lo que para mí se trataba de una especie de protoadulto. Por alguna razón, que no alcanzo a entender, él siempre se sintió responsable de mi bienestar. El verme contenta le suponía más felicidad que cualquier otra cosa.

Mis otros primos, los de Ángela y Antonio, eran más compañeros que protectores. Estos eran tres. Por un lado, Antoñito y Angelita, con los que compartía rango de edad, y por otro, Sergio, que era un bebé. Cualquiera de mis primos ha tenido una niñez dura. Tanto como la mía en casi todo, menos en la soledad. Pero esto no era algo que alguien que nos viese desde fuera pudiera notar. Cuando íbamos por la calle parecíamos unos chiquillos normales trasteando entre risas por la Alameda de Hércules. Los niños son más frágiles que los adultos en cuanto a físico, pero muchísimo más poderosos a la hora de encajar desdichas.

1982, el día en el que nací yo

Hay gente que dice que nacer es el peor trago al que los seres humanos nos enfrentamos en toda nuestra vida. Si esto fuera realmente así, he de reconocer que yo jugaría con cierta ventaja. Mi madre bebía, fumaba y consumía drogas de manera excesiva para una embarazada, incluso para aquella época, y, aun así, nací. Y lo hice antes de lo que me tocaba, con siete meses solo. A veces, imagino que alguien en la naturaleza debió decir:

—Me da igual que aún no esté totalmente formada. Ahí dentro no puede seguir. Sacadla y que sea lo que Dios quiera.

Como cualquier sietemesino, mi cuerpo era de dimensiones muy reducidas. Todo él, excepto la cabeza. Esta lucía

un tamaño tal que hacía que los doctores dudaran entre si padecía o no macrocefalia. También tenía la piel tan fina, tan a medio terminar, que se me translucían las venas. Era un bebe transparente. Al principio respiraba de forma asistida y dentro de la incubadora desde donde veía únicamente a las enfermeras. Mi madre no venía mucho, y cuando lo hacía era porque su hermana Salud la obligaba. Le decía:

—Pues me están diciendo en el hospital que a la niña le hace falta leche... así que tienes que ir. Si es que yo no entiendo que te cueste tanto. ¿Tú te crees que es normal que no estés allí plantada todo el día? ¿No te das cuenta de que hoy está viva, pero que no sabemos cómo va a estar mañana?

Mi madre sabía que tenía razón.

Yo creo que ella, al verme así, tan débil, tan desahuciada, tan feílla y tan poquita cosa, se sentiría culpable y por eso no le gustaba venir. En cualquier caso, lo importante es que, aunque solo fuera por llevarle la contraria a los médicos, poco a poco, como una funambulista sobre una cuerda, logré salir adelante.